

El problema es que el camino de vuelta hacia la libertad, retrayendo la presencia del Estado en la economía, es muy doloroso y esforzado, porque allí donde el aparato estatal pone un pie es muy difícil que lo retire. Un claro ejemplo es el proceso de descomposición de la Unión Soviética. Aunque costosa, la implosión del imperio soviético en los 90 terminó por desacreditar definitivamente al estatismo. Por otra parte, la eficacia de la desnacionalización en Gran Bretaña y de la desregulación en los Estados Unidos volvió a lanzar a las economías mundiales en brazos del libre mercado, con-

virtiéndose en la nueva ideología dominante y revirtiendo el clima intelectual.

El final del siglo XX presenció la consolidación de este nuevo consenso, al menos en el plano teórico, dando la victoria a los mercados, imponiendo bajos niveles de gasto público y de impuestos, limitando la deuda pública, recortando la intervención directa del gobierno, luchando enérgicamente contra la inflación, etc. Parece que por fin cuajó la idea de que los mercados también pueden trabajar en el interés público. Pero antes de terminar la primera

El camino de vuelta hacia la libertad, retrayendo la presencia del Estado en la economía, es muy doloroso y esforzado, porque allí donde el aparato estatal pone un pie es muy difícil que lo retire

década del siglo XXI, la economía mundial ha vuelto a ser golpeada por otra crisis de extensión mundial, en la que se han hecho presentes altos niveles de desempleo; niveles de deuda pública y privada intolerables, estancamiento económico, si no recesión, y persistencia de desigualdades económicas a nivel global y dentro de los países.

Todavía estamos muy cerca de esta reciente crisis para saber si no provocará otra vuelta a las tesis keynesianas, quizá bajo un envoltorio distinto. La batalla de las ideas no está librada del todo •

REFERENCIAS Diamond, Jared (1997), *Guns, Germs and Steel: The Fates of Human Societies*, Norton & CO, Nueva York; Landes, David S. (1998), *The Wealth and Poverty of Nations: Why Some Are So Rich and Some So Poor*, Norton & CO, Nueva York; Yergin, Daniel y Stanislaw, Joseph (1998), *The Commanding Heights*, Simon and Schuster, Nueva York.

Palabra, compromiso y política

¿CUÁNTO VALE LA PALABRA? ¿QUÉ VALOR TIENE LA PALABRA DADA: LA PROMESA, EL COMPROMISO, LA CONFIANZA DEPOSITADA? ¿SE PUEDE TASAR? LO CIERTO ES QUE DAR Y MANTENER LA PALABRA DADA ES POSIBLEMENTE EL VÍNCULO DE COHESIÓN MÁS FUERTE DE CUALQUIER TIPO DE RELACIÓN INTERPERSONAL Y DE CUALQUIER COMUNIDAD.

MONTSERRAT HERRERO

La palabra dada tiene un valor incalculable, como todo aquello que no se compra ni se vende. Es, además, algo inevitable: el ser humano tiene necesidad de prometer y de comprometerse. Somos temporales. Nuestra existencia se mueve en las coordenadas de pasado, presente y futuro. Las acciones que realizamos en presente, nos aseguran o nos impiden un porvenir. Para vivir con una

Hay cosas que no queremos que se diluyan o desaparezcan, porque su modo de ser es el para siempre

cierta estabilidad necesitamos comprometer nuestra voluntad en el largo plazo. Y eso sólo podemos hacerlo dando lo más íntimo que tenemos, que es nuestra palabra. Nuestra palabra somos nosotros mismos, y no algo exterior. Una persona que no tiene palabra carece de identidad. Pero además, en esa forma de asegurar el futuro que es el compromiso se entrevé un deseo de lo imperecedero. Hay cosas que no queremos que se diluyan o desaparezcan, porque su modo de ser es

el “para siempre”. Así es por ejemplo un amor verdadero, sea a una persona, a la familia, a la patria o a Dios. De esas relaciones surgen siempre los compromisos más fuertes y las promesas inviolables.

Es patente, también, que la veracidad y la lealtad están en la base de todas las sociedades. Hay un texto de Nietzsche que todo el mundo debería leer: *Sobre la verdad y la mentira en sentido extramoral*. En él plantea el caso extremo contrario: todos los hombres

tienen una innata inclinación al engaño. Esta inclinación genera una situación de gran desconfianza en la que tiene lugar una lucha a muerte. La única forma de salir de esa barbarie es construir artificialmente algo así como la verdad. De ahí que Nietzsche proponga la creación de un pacto en el que se lleguen a determinar significados unívocos para las palabras de modo que pueda haber acuerdos. Una vez firmado el pacto, todos los hombres deben tomar la determinación de respetar las significaciones válidas si quieren vivir en paz. Nietzsche coloca la mentira en el origen de la veracidad, pero, en cualquier caso, necesita del respeto a la verdad y a la veracidad para construir la sociedad. Ninguna sociedad puede subsistir sobre la base de la mentira y el engaño, es decir, sobre la devaluación de la palabra.

Las instituciones jurídicas no hacen más que secundar este fundamento antropológico-político: los juramentos y la fidelidad a ellos están en la base de todo orden social. Paolo Prodi, en su libro *El sacramento del poder: el juramento político en la historia constitucional de occidente*, del cual el más reciente libro de Giorgio Agamben, *Il sacramento del potere*, no es más que un ligero resumen, repasa las diferentes formas que ha ido adquiriendo con el paso del tiempo esta institución jurídica. Efectivamente el juramento (*iusiurandum*) tuvo una importancia enorme en los derechos de la Antigüedad y, por supuesto, entre los juristas romanos. El propio término *Ius*, al que se opone la *iniuria*, parece guardar relación con el juramento y, probablemente, con *Iovis* (Júpiter), el dios invocado en el juramento



LAS INSTITUCIONES JURÍDICAS SECUNDAN EL FUNDAMENTO ANTROPOLÓGICO-POLÍTICO DE QUE LOS JURAMENTOS Y LA FIDELIDAD A ELLOS ESTÁN EN LA BASE DE TODO ORDEN SOCIAL.

para castigar el perjurio. La jurisprudencia elaboró a partir de ahí el concepto de *fides* o lealtad a la palabra dada, que tuvo una importancia decisiva en la formación del Derecho Romano y, en particular, del Derecho de Gentes (*Ius Gentium*), precedente del Derecho internacional.

Pero no sólo en Roma la palabra era relevante. John Locke, por ejemplo, un moderno, en la *Primera Carta sobre la Tolerancia* dice lo siguiente, argumentando la imposibilidad de tolerar a los ateos: “No deben ser tolerados de ninguna forma quienes niegan la existencia de Dios. Las promesas, convenios y juramentos, que son los lazos de la sociedad humana, no pueden tener poder sobre un ateo. Pues eliminar a Dios, aunque sólo sea en el pensamiento, lo disuelve todo (también las pro-

mesas)”. Efectivamente, como dice Locke, la palabra dada tiene un carácter sagrado desde el momento en que se pone como testigo de esa palabra a quien tiene poder sobre el orden del mundo y del lenguaje. No respetar un juramento implicaba, tanto en el mundo antiguo como en el moderno, autodestruirse. Sin embargo, la postmodernidad filosófica, que ha tenido muy en cuenta el giro lingüístico, ha acabado incluso con la presunción nietzscheana del respeto al lenguaje: muerto Dios, solo nos queda el orden del lenguaje para orientarnos.

En la contemporaneidad filosófica la palabra se puede violentar. Como si no tuviera entidad alguna. Ni la realidad de las cosas puede ser un límite a mis enunciados, ni yo estoy sometido a mi propia palabra, dirá cierta nueva filosofía en su alarde libertario. En el contexto postmoderno nos movemos en lo que, a partir de Wittgenstein, entendemos como juegos lingüísticos. Las palabras y las proposiciones no están dotadas de algún significado independiente de nosotros y de las situaciones lingüísticas en las que nos encontramos. Si deseamos comprender su significado hay que examinar la circunstancia que lo dotó. Es decir, hay que determinar cómo se usa esa palabra. Lo que ha de aceptarse son formas de vida plurales que generan significados no unificables. Por su parte, ahondando en este giro, Michel Foucault rechaza la idea de que exista un sujeto fundador del discurso que lo trascienda, o la idea de que en la base de la experiencia existan significaciones preexistentes, que sí sean neutrales o reales. Todo discurso es una violencia que aplicamos a las cosas.

Ninguna sociedad puede subsistir sobre la base de la mentira y el engaño, es decir, sobre la devaluación de la palabra

Es preciso atenerse a la verdad de las cosas, pero no a la de esas cosas sobre las que nadie puede saber la verdad en toda su profundidad, porque son un misterio y es difícil tener una palabra definitiva sobre ellas

En una sociedad utilitaria sin duda la confianza se ha hecho difícil. Para dar la palabra hace falta una específica fortaleza de la propia voluntad que se fija en una cuestión y mantiene su palabra, independientemente de lo que pase alrededor

Mis palabras no han de adaptarse a nada, ni a mí mismo. Son pura voluntad de poder. Este es el nuevo contexto. Si digo que no hay crisis, no hay crisis aquí y ahora... Al menos por el tiempo que dure mi legislatura. ¿Era o no verdad que había crisis? Da igual si yo conseguí ganar las elecciones y estar otros cuantos años en el poder. Así funciona para muchos la actual estructura del lenguaje, como pura voluntad de poder. La teoría discursiva de Ernesto Laclau, fundamento filosófico político de los nuevos movimientos populistas en nuestro país y también en otros, es un magnífico ejemplo de esta práctica.

Pero entonces pasa lo que vemos: corrupción, disolución, desconfianza, enemistad, lucha. ¿Cómo salir de esta situación? ¿Cómo se puede recuperar el valor de la palabra?

En el ámbito personal me parece que es sencillo: se trata de no mentir nunca. A nivel institucional está claro que la falta de veracidad es un delito y debería ser castigado. No sólo en la política, sino en la práctica de los medios de comunicación: la difamación está a la orden del día. Es preciso atenerse a la verdad de las cosas, pero no a la de esas cosas sobre las que nadie puede saber la verdad en toda su profundidad, porque son un misterio y es difícil tener una palabra definitiva sobre ellas. Justamente son las cuestiones a las que dedica su empeño la filosofía: el sentido del hombre y del mundo, la felicidad y cosas de altos vuelos reflexivos donde, generalmente, cabe interpretar y tener muchas versiones. Es, sin embargo, bastante fácil ser veraz en cuestiones elementales. Como señala Benedicto XVI en *Jesús de Nazaret*, Poncio Pilato sabía que Cristo no era un delincuente, pero se entretuvo en reflexiones

sobre la dificultad de hallar la esencia de la verdad. Le hubiera bastado con pensar en lo primero, y eso lo sabía.

Ahora bien, ¿ser veraz en política implica cumplir siempre las promesas que se hacen en los programas? Yo creo que una cosa es la veracidad y otra cosa las promesas. Desde mi punto de vista lo que es delito es la mentira. Hizo mal Suárez en introducir el discurso de las promesas en política. Toda acción humana, y particularmente la acción política, siempre tiene que decidir en presente y sólo puede prometer aquello que compromete a su propia voluntad con seguridad en el futuro. Por eso a la hora de prometer hay que ser prudente y darse cuenta de que las circunstancias que rodean a una buena intención pueden modificar en gran medida la decisión que se lleva a cabo finalmente. En el caso del político en democracia la decisión no sólo depende de su voluntad, sino de la voluntad popular, del estado de opinión, del estado de las cuestiones en un momento determinado, del coste de oportunidad... No puede llevar al colapso a un país sólo por cumplir una promesa, que hizo cuando no tenía noticia de ninguna de esas circunstancias. No digo que los políticos no deban cumplir las promesas, sino que no deben hacerlas. Lo que sí deben hacer siempre es cumplir la ley.

Los discursos políticos contemporáneos están sometidos al régimen lingüístico postmoderno. Pretenden crear una realidad nueva a través del discurso y hacer creer a la gente que esa realidad llegará junto con su ascenso al poder. Pero después se encuentran con la dureza de la realidad de las

cosas en un determinado momento, y no pueden forzarlas.

La política democrática contemporánea se halla en un equilibrio inestable entre discurso y decisión política. Desde mi punto de vista, la política debería apostar más por la honradez y la integridad del político que genera confianza, y no tanto por asegurar las promesas de los discursos. Promesas, en la vida, pocas y firmes. Mucha veracidad, sin embargo. Regenerar éticamente la sociedad es necesario para tener buenos políticos, pero no según una ética del placer y la utilidad, sino según la vieja ética socrática que el sabio griego exhibe en el *Gorgias*: “Es mejor sufrir la injusticia que cometerla”. Sí, porque el que la comete se hace malo, es decir, se pierde a sí mismo, y eso es lo peor. Hasta que cada uno no esté convencido de esto, no esperemos tener buenos políticos, ¿de dónde saldrían?

En una sociedad utilitaria, sin duda la confianza se ha hecho difícil. Para dar la palabra hace falta una específica fortaleza de la propia voluntad que se fija en una cuestión y mantiene su palabra, independientemente de lo que pase alrededor. Para eso hay que ser muy fuerte, porque hay que hacerse vulnerable al engaño del otro, lo cual supone la mayor fortaleza que existe.

Nuestra sociedad es líquida, como dice Baumann, porque, en parte, ha perdido ese punto de vista. ¿Cómo es posible vivir en este laberinto? Pues, al menos, teniendo claro lo que uno quiere y debe hacer. Aunque le puedan engañar, uno no se pierde a sí mismo. El problema es perderse a sí mismo en toda esa maraña ●